

tas veces lo crea conveniente, á reconocer sus labores interiores, con ó sin uso de la brújula; sin que sea necesario mas que pasar recado de atencion al Encargado de la mina; y si lo que no es de temer, supuesto los preceptos de la ley, hubiese resistencia, deberá bastar para que esta desaparezca, acudir al jefe del Municipio que esté en ejercicio, el cual deberá decretar en el acto la libre entrada que se solicite.

A conseguir que no se traduzcan en hechos las malas tentaciones de usurpar lo ajeno, debe venir la sancion penal, imponiendo el castigo que las leyes comunes imponen á los que á sabiendas toman lo ajeno, porque en verdad, con los adelantos que se han hecho en el manejo de la brújula, el que sea perito en su uso, ó se valga de persona competente, puede conocer cual es su propiedad á grandes profundidades, lo mismo que en la superficie.

Las palabras *Suelo* y *Sub-suelo* de que se hace uso para deslindar los derechos entre el Minero y el Propietario terrateniente; no expresan bien los pensamientos que germinaron en la mente del Ministro.

No siempre son capas distintas las que utiliza el agricultor, de las que puede aprovechar el minero.

A veces la raiz del arbol descende á muchos metros y los pozos de extraccion de agua para el riego ganán, no pequeñas profundidades; mientras que hay depositos minerales á la luz del Sol, ó sea á la misma superficie de la tierra.

Y en tales casos, cómo se vá á expresar lo que al agricultor corresponde, y lo que corresponde al minero, sino tenemos más guía que las frases *Suelo* y *Sub-suelo* en la acepcion que les atribuye el decreto?

Dejemos estas para otras aplicaciones, y deslindemos la mineria de la agricultura, concediendo á la primera todas las sustancias de su peculiar índole, cualquiera que sea la region en que se encuentren, dejando al propietario del terreno todo lo demas.

No entremos en discusion sobre si debe contemplarse á este dueño absoluto, como creian los Romanos, de cuanto hay bajo la superficie del fundo que le pertenece, ni vengamos á las antítesis de contemplar al Estado, dueño absoluto de las sustancias minerales. En España la conveniencia aconseja que se consideren estas sustancias accesibles á todos, bajo ciertas condiciones, que produzcan algunas ventajas para el Erario, y den ensanche á la siempre arriesgada aunque sea algunas veces muy lucrativa especulacion minera.

De cualquier manera que el deslinde de derechos se considere, siempre resultará que el propietario del terreno tendrá algo que sufrir, y por esta consideracion debe-

rá hacersele las oportunas indemnizaciones.

Para que no se divida la facultad de conceder, debe reservarse esta al Estado en su parte administrativa, ya se trate de terrenos del Estado mismo, ya de los pueblos, ó ya de los particulares.

(Se continuará.)

LA CATÁSTROFE DEL «ZENITH.»

Los diarios franceses continúan aun bajo la impresion que en todo el mundo ha producido la catástrofe del *Zenith*, y las muertes de Sivel y Croc-Spinelli, cuyas exequias en la iglesia evangélica de la rue Saint-Honoré de Paris, á cuya religion pertenecian, han dado lugar á demostraciones muy simpáticas.

El globo *Zenith*, partió del gasómetro de la Vilette con un tiempo espléndido y sin que hubiese la menor nube en las atmósferas. A los 4.000 metros de altura, Sivel, que como marido habia dado tres veces la vuelta al mundo, y que como aeronauta realizaba su 132 ascension, sintió un ligero malestar, dando su pulso 120 pulsaciones. En vez de atender este aviso providencial, arrojando aun lastre los aeronautas, subieron hasta la altura de 7.000 metros, donde sintiendo ya la asfixia, respiraron por medio de viberones el oxígeno que llevaban en pequeños globos. Debieron entonces sentir algo parecido al síncope que el clorofórmico produce, teniendo aun la inteligencia de su situacion, pero sin poder moverse ni hablar. Sivel cortó entonces maquinalmente las cuerdas de que pendian varios sacos de lastre, cayendo tambien inadvertidamente un instrumento pesado llamado aspirador, y que como todos los objetos arrojados, se han encontrado en los campos de los departamentos por encima de los cuales pasó el globo.

Naturalmente, este se elevó mas, á una altura que fijarán definitivamente los contadores que los aeronautas llevaban y que no habiéndose perdido, examina ahora la Academia de ciencias.

Tissandier, único que ha sobrevivido á la catástrofe, recuerda vagamente que á las dos y minutos, despertando de su sueño letárgico y viendo que el globo bajaba rápidamente, sintió que Croc le sacudía fuertemente el brazo diciéndole que arrojase mas lastre, mientras él echaba hasta las mantas que llevaba. No distinguió á aquella hora si Sivel estaba despierto, y pronto cayó él mismo en un sueño que sin su poderosa constitucion y lo acostumbrado que estaba á respirar aires melílicos en esperiencias químicas, habria sido tambien para él el sueño eterno.

Hasta las tres y cuarto de la tarde, Tissandier

no tiene conciencia de lo que habrá sucedido en el globo, que bajaba ó subia con rapidez vertiginosa. Cuando al descender á 6.000 metros, el aire respirable le devuelve la vida, arrastrándose de rodillas vé á sus dos compañeros en la pequeña barca inmóviles y ocultas sus cabezas con sus mantas, para garantirse sin duda del frio. Descubiertos, vé en Sivel el rostro ennegrecido y la boca llena de sangre. Lo mismo acontece con Croc-Spinelli, cuyos ojos están cerrados tambien. El pulso sin latir y las manos heladas prueban que una asfixia irresistible ha cortado instantáneamente su vida. La emocion de su compañero fue indescriptible; pero el instinto de la vida, en medio de su desesperacion y aletargamiento, le hace abrir una salida al gas, merced á lo cual empieza el globo á descender de una manera rapidísima. Aquellos momentos fueron terribles. La barquilla iba sacudida tan violentamente que los dos cadáveres, chocándose á cada instante y chocando con el único que sobrevivia, le llenaban de sangre, asi como todos los instrumentos y objetos que, cayendo del globo, se han encontrado en los campos de Neraux, siendo el primero que lo vió un campesino, de nombre Legros, quien encontró á Gaston Tissandier livido, moribundo y creyendo iba á unirse con sus amigos en el otro mundo. Los relojes de los aeronautas muertos estaban parados los dos á las cuatro menos 30 minutos, circunstancia que prueba cuán instantánea debió ser su muerte.

Sin embargo, los intrépidos aeronautas tenian ya la esperiencia de lo peligroso que era penetrar en esas regiones elevadísimas, donde el aire enrarecido, alterando profundamente el organismo, hace inevitable la muerte. Ya los aeronautas Copwell y Glaisher, ingleses, á 7.000 metros habian estado á punto de morir, debiendo tan solo su salvacion milagrosa á haber podido uno de ellos con los dientes mover la cuerda que daba salida al gas; y las mismas victimas de esta ascension, Sivel y Croc, en la que hicieron en 1874 á la altura de 7.000 metros solo debieron su vida á haber aspirado grandes cantidades de oxígeno, á pesar de lo cual sufrieron mucho.

En esta ascension, el sol, que era radiante, ha debido dilatar el gas y aumentado la fuerza ascensional de un modo que no ha dado tiempo á emplear las precauciones que habian tomado. Los rápidos descensos y ascensiones del globo desde 6.000 á 10.000 metros han debido tambien producir en ellos desórdenes mortales, pues se ha demostrado, ya con los animales y con los mineros que estas transiciones